

verdes pámpanos los unian entre sí! — Lucila decia en su interior : — Era hermoso cuando iba Corina con él. — Una niebla húmeda, cual suele haberla con frecuencia en aquellos llanos cruzados con tantos rios, oscurecia la vista del campo : oíanse caer por las noches en las posadas las lluvias copiosas del mediodía, que se parecen al diluvio : penetran las casas, y persigue el agua por todas partes con la actividad del fuego. Lucila buscaba en vano el atractivo de Italia ; todo, al parecer, se reunia para cubrirla con un velo opaco á su vista y á la de Osvaldo.

CAPITULO VI

Desde que entró en Italia no habia pronunciado Osvaldo una palabra en italiano ; parecia que aquella lengua le ofendia, y evitaba oirla y hablarla. La noche del dia en que lady Nelvil y él llegaron á la posada de Milan, oyeron llamar á su puerta, y vieron entrar en su aposento á un Romano de semblante muy negro, y muy notable ; pero no obstante sin verdadera fisonomía : tenia facciones propias para expresar, mas faltábales alma ; y en aquel ros-

tro se veia de continuo una sonrisa agraciada, y un mirar que aspiraba á ser poético. Púsose desde la puerta á improvisar versos llenos de alabanzas de la madre, la niña y el esposo ; de aquellas alabanzas que venian bien á todas las madres, á todas las niñas y á todos los esposos del mundo, cuya exageracion prescindia de todos los sujetos, como si las palabras y la verdad no tuviesen ninguna conexion entre sí. No obstante, el Romano usaba de aquellos sonidos armoniosos que hechizan en el italiano ; y declamaba con una fuerza que todavía daba mas realce á la insulsez de cuanto decia. Ninguna cosa podia ser mas incómoda para Osvaldo que oir de aquella suerte la primera vez, despues de largo espacio, una lengua querida ; volver á ver sus sentimientos disfrazados, y sentir una impresion de tristeza renovada por un objeto ridículo. Lucila advirtió la cruel situacion del alma de Osvaldo ; queria hacer callar al improvisador, pero era imposible que oyese : paseábase por el aposento apresuradamente, hacia exclamaciones y gestos continuos, y no se cuidaba del tedio que sentian sus oyentes : era su movimiento como el de una máquina de cuerda, que no se pára hasta cierto tiempo señalado : por fin llegó, y lady Nelvil logró despedirle.

Luego que salió, dijo Osvaldo : — Es tan fácil desfigurar el lenguaje poético en Italia, que debiera prohibirse á todos los que no merecen hablarle. — Sí, en verdad, respondió Lucila, con un tono quizá

demasiado seco : en verdad debe ser cosa desagradable acordarse de lo que se admira por medio de lo que acabamos de oír. — Esta palabra ofendió á lord Nelvil. — Muy al contrario, dijo ; á mi parecer, semejante oposicion hace sentir mas el poder del genio : ese mismo lenguaje tan infelizmente degradado, se convertia en poesía celestial, cuando Corina, cuando vuestra hermana, añadió con afectacion, lo usaba para explicar sus pensamientos. — Lucila quedó como confundida al oír estas voces : en todo el viaje no habia aun pronunciado Osvaldo el nombre de Corina, y ménos el de *vuestra hermana*, que indicaba, como un baldon. Lás lágrimas iban á sofocarla, y si se entregara entónces á aquel impulso acaso fuera el momento mas dulce de su vida : pero se contuvo, y se hizo mas incómoda la sujecion que existia entre ambos esposos.

Salió al dia siguiente el sol, y no obstante los malos dias anteriores, se mostró espléndido y radiante como un desterrado que vuelve á su patria. Aprovecháronse de él Lucila y lord Nelvil para ver la catedral de Milan, obra maestra de la arquitectura gótica en Italia, como San Pedro de la arquitectura moderna. Esta iglesia, construida en figura de cruz, es hermosa imágen de dolor que se levanta sobre la rica y gozosa ciudad de Milan : pasma, subiéndolo hasta lo alto de la torre, el trabajo nimio de cada cosa ; el edificio en toda su elevacion, está adornado, esculpido, recortado, si puede decirse

así, como si fuese un juguete de entretenimiento. ¡ Cuánta paciencia y cuánto tiempo ha sido menester para llevar á cabo tal obra ! La perseverancia hácia el mismo objeto se trasmitia en otra edad de generacion en generacion, y el linaje humano, firme y constante en sus ideas, alzaba monumentos tan duraderos como ellas. Una iglesia gótica excita mucho ideas religiosas ; y Horacio Walpole dice *se han dedicado á adornar templos al gusto moderno, las riquezas producidas por la devocion que inspiran las iglesias góticas*. La luz que pasa por las vidrieras pintadas de varios colores, las formas extrañas de la arquitectura, en fin, todo el aspecto de la iglesia, es silenciosa imágen de aquel misterio de lo infinito que sentimos dentro del corazon, sin poder jamas huir de él ni entenderle.

Lucila y lord Nelvil salieron de Milan en un dia en que la tierra estaba cubierta de nieve, y no hay cosa mas triste que la nieve en Italia ; nadie se halla acostumbrado á ver desaparecer la naturaleza bajo el velo uniforme de las escarchas ; y todos los Italianos se duelen del mal tiempo, como de una calamidad pública. Inspiraba á Osvaldo la Italia, viajando por ella con Lucila, una especie de ansia de agradar que no se hallaba satisfecha ; el invierno es allí mas desagradable que en ninguna otra parte, porque la imaginacion no está preparada á recibirle. Atravesaron lord y lady Nelvil por Plasencia, Parma y Módena : sus iglesias y sus palacios son de-

masiado espaciosos á proporcion del número y de la riqueza de los habitantes : y parece que aquellas ciudades están dispuestas para recibir algunos grandes señores que deben llegar; mas han enviado solo delante algunas personas de su comitiva.

La mañana del dia en que Lucila y lord Nelvil pensaban pasar el Taro, como si todo debiese esta vez contribuir para hacer melancólico su viaje por Italia, habia salido el rio la noche anterior; y la inundacion de los rios que bajan de los Alpes y de los Apeninos es muy espantosa. Oyense rugir desde léjos como el trueno, y es tan rápida su corriente, que las ondas y el estruendo que las anuncia llegan casi siempre al mismo tiempo : ni es posible puente sobre tales rios, porque mudan á cada instante de cauce, y se levantan mucho encima del nivel del llano. De repente se hallaron detenidos Osvaldo y Lucila á la orilla del rio; habíase llevado la corriente los barcos, y era menester esperar á que los Italianos, pueblo que nunca se apresura, los llevasen otra vez á la nueva márgen formada por el torrente. Lucila entre tanto se paseaba helada y pensativa : la niebla era tan densa que el rio y el horizonte se confundian, y aquella vista recordaba mas bien las descripciones poéticas de las orillas de la laguna Estigia, que las aguas bienhechoras destinadas á recrear las miradas de los habitantes abrasados de los rayos del sol. Lucila temia por su hija el frio rigoroso, y la llevó á una choza de un

pescador donde estaba encendido el fuego en medio de la habitacion como en Roma, — ¿Donde está, pues, vuestra hermosa Italia? dijo Lucila sonriéndose á lord Nelvil. — No sé cuando la encontraré, respondió él con tibieza.

Acercándose á Parma y á todas las ciudades de este camino, se disfruta desde alguna distancia de la vista pintoresca que forman los techos en figura de azoteas, dando á las ciudades de Italia un aspecto oriental. Las iglesias y las torres sobresalen notablemente en medio de aquellas plataformas; y al volver hácia el norte, los techos en punta, contruidos así para resguardar de la nieve, causan una impresion muy desagradable. Parma conserva todavia algunas obras preciosas del Correggio; y lord Nelvil llevó á Lucila á una iglesia donde hay una pintura suya al fresco, llamada la *Madonna della Scala*. Está cubierta con una cortina, y luego que la descubrieron, tomó Lucila á Julieta en sus brazos para hacerla ver mejor la pintura, y en aquel punto la actitud de la madre y la niña fué por casualidad igual á la de la Virgen y su Hijo. Tenia el semblante de Lucila tanta semejanza con la modestia y la gracia ideal del Correggio, que Osvaldo volvia alternativamente los ojos de la pintura á Lucila, y de Lucila á la pintura : ella lo advirtió, y bajó los suyos, haciendo la semejanza mayor; porque el Correggio es quizá el único pintor que sabe dar á los ojos bajos una expresion tan viva como si estuviesen alzados

al cielo : no priva en manera alguna el velo que cubre las miradas la ternura ni el pensamiento, ántes les da nuevo atractivo, el de un misterio celestial.

Esta Madona se halla casi separada de la pared, y se ve su color medio trémulo que pudiera hacer caer un soplo : por tanto aquella pintura tiene el hechizo melancólico de todo lo pasajero, y se vuelve á ella muchas veces, como para decir un sensible y postrar adios á su belleza próxima á desaparecer.

Al salir de la iglesia dijo Osvaldo á Lucila : — Dentro de poco no existirá esa pintura; pero yo siempre tendré su modelo delante. — Estas palabras cariñosas enternecieron á Lucila; apretó la mano á Osvaldo, y ya iba á preguntarle si podia fiarse su corazon en aquella expresion de amor; pero cuando le parecia tibia una voz de Osvaldo, no la dejaba quejarse su altivez; y cuando era feliz por una expresion tierna, temia turbar aquel momento de felicidad queriendo hacerle mas duradero. De esta suerte su alma y su entendimiento hallaban siempre razones para callar : lisonjeábase de que el tiempo, la resignacion y la dulzura, traerian un dia venturoso que dispase todos sus temores.

CAPITULO VII

La salud de lord Nelvil iba reponiéndose con el clima de Italia, pero siempre le agitaba una inquietud cruel; en todas partes pedia noticias de Corina y en todas partes le respondian, como en Turin, que creian estuviese en Florencia; mas no se sabia nada de ella desde que no escribia ni veia á nadie. ¡Ah! no era asi como se anunciaba otro tiempo el nombre de Corina; y quien habia destruido su felicidad y su esplendor ¿ podia perdonárselo?

A llegar á Bolonia se notan desde léjos dos torres sumamente elevadas, de las cuales una en especial está inclinada de modo que asombra la vista. En vano se sabe que está así construida, y que así ha visto pasar los siglos; aquel aspecto ofende la imaginacion. Bolonia es una de las ciudades donde se encuentran mas hombres instruidos en todas materias; pero el pueblo produce una impresion desagradable. Lucila esperaba el habla armoniosa de Italia que le habian anunciado, y debió sorprenderla de una manera incómoda el dialecto bolones, pues no le hay mas bronco en ningun país del norte. A mediados de carnaval llegaron á Bolonia Osvaldo y Lucila; y se oian de dia y de noche gritos de alegría parecidos á gritos de cólera. Una poblacion

igual á la de los lazzaroni de Nápoles duerme por la noche debajo de los infinitos arcos que rodean las calles de Bolonia; llevan por el invierno un poco de fuego en un vaso de tierra, comen en la calle, y persiguen á los extranjeros con importunas demandas. En vano aguardaba Lucila aquellas voces melodiosas que se oyen por la noche en las ciudades de Italia; callan todos cuando el tiempo está frio, y sucedenles en Bolonia unos clamores que asustan á quien no se halla hecho á ellos. La jerigonza de la gente baja parece hostil, tanta es la dureza de su sonido; y las costumbres de la plebe son mas rústicas en algunas regiones meridionales que en los climas del norte; porque la vida sedentaria perfecciona el órden social; en lugar que el sol, como permite vivir en las calles, introduce cierta selvaticidad en las costumbres del vulgo.

No podian dar un paso Osvaldo y lady Nelvil sin verse asaltados de mil mendigos, que son el azote general de Italia; si pasaban por delante de las cárceles de Bolonia, cuyas rejas dan á la calle, manifestaban los presos el mas desagradable contento, dirigiéndose á los que transitaban con una voz de trueno, y pidiendo limosna con gracejos y risas descompasadas; en fin, todo daba idea en aquel sitio de un pueblo sin dignidad. — No se presenta así, dijo Lucila, en Inglaterra nuestro pueblo conciadano de los que le mandan. Osvaldo, ¿puede agradaros este país? — Libreme Dios, respondió,

Osvaldo, de renunciar jamas á mi patria; pero en pasando los Apeninos oireis hablar toscano, y vereis el verdadero mediodía; conoceréis el pueblo ingenioso y vivo de estas regiones, y no sereis, lo espero, tan severa con Italia.

Puede juzgarse, segun las circunstancias, de la nacion italiana de un modo absolutamente diverso. A veces concuerda lo que se ve con lo que tan frecuentemente se dice contra ella; y en otras ocasiones parece injusto en sumo grado. En un país donde la mayor parte de los gobiernos carecian de garantía, y el imperio de la opinion era casi tan nulo para las clases mas elevadas como para las ínfimas, puede decirse poco bien de la nacion mirada en general; pero se hallan muchas prendas privadas: así la casualidad de las relaciones individuales inspira á los viajeros la sátira ó la alabanza, y las personas que cada uno conoce particularmente deciden del juicio que forma de la nacion; juicio que no puede tener fundamento sólido en las instituciones, ni en las costumbres ni en el espíritu público.

Osvaldo y Corina fueron juntos á ver las hermosas colecciones de pinturas de Bolonia, y Osvaldo, recorriéndolas, se detuvo largo rato delante de la Sibila del Dominiquino. Lucila advirtió el interese que aquella pintura excitaba en él, y viendo se suspendia contemplándola mucho tiempo, se determinó por fin á acercarse, y le preguntó tímidamente si la Sibila del Dominiquino decia mas á su corazon

que la Madona del Correggio. Entendióla Osvaldo, y se admiró de todo lo que significaba aquella palabra; la miró un poco sin responder, y luego le dijo: — La Sibila no da ya oráculos; su genio, su habilidad todo acabó; pero la figura angelical del Correggio conserva todos sus atractivos, y el hombre desgraciado que hizo tanto daño á una, no será nunca infiel á la otra. — Acabando estas palabras, se selió para encubrir su turbacion.

LIBRO VIGÉSIMO

CONCLUSION

CAPITULO I

Despues de lo sucedido en la galería de Bolonia, comprendió Osvaldo que Lucila sabia mas que él pensaba de sus relaciones con Corina, y por fin le ocurrió la idea de que su tibieza y su silencio procedian quizá de alguna pena secreta; mas no obstante, esta vez fué él quien temió la explicacion que hasta entónces habia recelado Lucila. Dicha la primera palabra, ella lo revelara todo, si quisiera lord Nelvil; pero érale demasiado trabajoso hablar de Corina al punto de verla otra vez, ligarse con una promesa; en fin tratar de un asunto tan propio para alterarle, con una persona que siempre le causaba cierta sujecion, y cuyo carácter apénas conocia.